

REFLEXIONES ACERCA DEL SURGIMIENTO DEL PODER Y ORDEN TEMPRANOS*

Tom D. Dillehay^a y Peter Kaulicke^b

Resumen

Si bien no todas las contribuciones presentadas en estos dos números del Boletín se han centrado específicamente en los temas del V Simposio Internacional de Arqueología PUCP, realizado en Lima en 2006 —es decir, el surgimiento del orden, el poder y la complejidad— se pueden extraer y considerar varias tendencias y pautas de los casos que se han analizado de Sudamérica y fuera del ámbito de este continente. En otras palabras, se trata de buscar directrices regionales e interregionales con el objeto de entender este surgimiento en entornos mucho más amplios.

Palabras clave: complejidad, simplicidad, Periodo Formativo, orden, identidad, poder

Abstract

REFLECTIONS ON EARLY EMERGING POWER AND ORDER

Although not all of the papers in the two Boletín volumes focus explicitly on the themes of the V Symposium, Lima 2006 —emerging order, power, and identity— several concluding trends can be drawn and discussed across South America and beyond. The attempt is to point out tendencies that cut across different regional and international contexts in order to understand the wider setting of this emergence.

Keywords: complexity, simplicity, Formative period, order, identity, power

Por lo general, los arqueólogos desean orden en su campo de estudio y eso se debe a que siempre se buscan razones para los eventos y procesos ocurridos que se han desarrollado a su alrededor. Estas razones se caracterizan por ser predominantes, recurrentes y por tener la función de regular. Estos dos números, enfocados en casos que ejemplifican el surgimiento del orden, la identidad y el poder en Sudamérica —comparados, a su vez, con fenómenos parecidos en otras partes del mundo—, plantean, implícitamente, dos preguntas: ¿existieron regularidades de carácter social que eran comunes o subyacentes en la organización y práctica entre las comunidades complejas emergentes en Sudamérica y, por confrontación, en otras regiones?, y, si esto fue así, ¿a qué se debió su existencia y cómo se les puede explicar? Por largo tiempo, muchos investigadores han asumido que, si se pueden identificar las regularidades y entender por qué se dieron, se podría obtener un mejor sentido de la conducta de los grupos humanos del pasado. Es decir, se reconoce la importancia de esta presunción, pero también se la cuestiona. Cualquier explicación acerca de estabilidad social, regularidad, variabilidad o cambio lleva en sí un concepto subyacente de causalidad de lo que se quiere decir cuando se advierte que algunos conjuntos de eventos o condiciones han «motivado» otros

* Traducción del inglés al castellano: Rafael Valdez

^a Vanderbilt University, Department of Anthropology.
Dirección postal: Nashville, Tennessee, 37365, Estados Unidos.
Correo electrónico: tom.d.dillehay@vanderbilt.edu

^b Pontificia Universidad Católica del Perú, Departamento de Humanidades.
Dirección postal: av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú.
Correo electrónico: pkaulic@pucp.edu.pe

de diversa índole. De esta manera, es tanto la causalidad y el significado los que se tratan de entender de manera local, regional y por medio de la aplicación de comparaciones cruzadas.

Los estudiosos sudamericanistas y, de manera especial, los andinistas, están acostumbrados a considerar los asentamientos y comunidades como puntos de partida para la reconstrucción de las estructuras sociales del pasado y este constituye un método útil. Por ejemplo, existe una tendencia a asumir que una aldea o caserío doméstico es una estructura social completa y que la existencia física de viviendas dispuestas de manera conjunta y un espacio organizado infundió relaciones sociales más complejas con una tendencia hacia la permanencia. Sin embargo, en el estudio de los Andes parece ser necesario considerar otros enfoques; por ejemplo, puede tratarse de una atención a hábitos funerarios más que de una organización y permanencia en el asentamiento de carácter doméstico, lo que brinda una visión adicional no solo en relación con las prácticas rituales que estructuraron el ciclo humano social y de vida, sino, también, al interior de un amplio rango de actividades sociales por cuyo intermedio las sociedades emergentes del Periodo Formativo —y las del Neolítico en el Viejo Mundo— establecieron su identidad y estabilidad en el espacio y su comunidad en el tiempo. El centro de estas actividades pueden no haber sido los ámbitos de la vivienda o la aldea, sino los cuerpos de los vivos y los muertos, los que proporcionaron los marcos específicos para configurar experiencias sociales, así como las corporalidades en forma de representaciones figurativas. Si bien este aspecto no ha sido muy estudiado en el entorno centroandino, es materia de reflexiones en otras áreas del mundo como, por ejemplo, en Nigeria, donde una larga tradición de figurinas del Neolítico culmina en las espectaculares estatuas tempranas de terracota que pueden alcanzar alturas de 1,50 metros y que caracterizan la aún poco conocida cultura Nok (Chesi y Merzeneder 2006; Breunig *et al.* 2008; Rupp 2009; para un tratamiento más general de este tema, véase Renfrew y Morley 2007; nota editorial, este número; Breunig, este número).

Estas y otras consideraciones constituyen el foco y significado de las contribuciones presentadas en un intento por entender la identidad, orden y poder tempranos emergentes en un contexto cultural comparativo. Como se puede esperar de una discusión arqueológica acerca del surgimiento de la complejidad, el núcleo de estos dos números es de carácter empírico, es decir, se basa en datos. Si bien no se ofrecen aquí modelos universales, todos los autores enfatizan un compromiso particular respecto de los enfoques de carácter local y regional. Algunos de los artículos hacen comparaciones explícitas de patrones en el transcurso del tiempo. En todo caso, se espera que la presente obra estimule una reflexión más comparativa y centrada empíricamente acerca del orden y complejidad emergentes.

De manera más específica, las versiones convencionales acerca de la complejidad social temprana a menudo han asumido las explicaciones de la innovación y la reorganización de los grupos sedentarios como su problema principal. Esto coloca el eje de la discusión en lo que una sociedad compleja emergente, o partes de esta, obtiene con un proceso semejante en términos de tecnología y otras actividades culturales, así como en los cambios más amplios en los patrones de organización social y económica. Otros análisis han prestado atención a procesos paralelos, caracterizados —al menos en el ámbito de la cultura material— por una tendencia opuesta que conduce hacia la simplificación y estandarización más que a la complejidad (Yoffee 2005; Dillehay 2007). Esto es, se centran en un conjunto de transformaciones por cuyo intermedio algo de la herencia cultural de la sociedad se conserva, como una continuidad fluida desde el pasado, pero bajo condiciones alteradas. La planta y espacios sagrados en forma de «U» de los edificios ceremoniales del Periodo Formativo en el Perú constituyen un ejemplo de continuidad fluida con un componente espacial y otras innovaciones que se dieron desde, aproximadamente, 2000 a 500 a.C. (*cf.* Bueno y Grieder 1980; Fung 1988; Maldonado 1992; Elera 1993; Kaulicke 1997). De esta manera, tanto la simplicidad en relación con la continuidad y la familiaridad, así como la innovación y la complejidad van de la mano en el desarrollo de formas más grandes y «complejas» de la sociedad. En otras palabras, la complejidad puede implicar simplicidad y viceversa (para aspectos relacionados, véase Kaulicke, este número).

En los Andes y la Amazonía, la simplificación de las prácticas cotidianas es, quizá, la evidencia más clara en la producción de medios ampliamente diseminados como la cerámica. En estas regiones se puede observar una larga tendencia desde las grandes vasijas de servicio, muy decoradas e individualizadas, del Periodo Formativo Temprano o Periodo Inicial, un proceso que pasa por la fabricación de contenedores llanos y cada vez más estandarizados y que termina en la manufactura de las pulidas vasijas para beber con

asa-estribo del estilo Chavín del Formativo Tardío. En otras palabras, la simplificación y la manera de volver rutinario el uso de este y otros ejemplos de cultura material se pueden vincular con la aparición de este tipo de contenedores. Estos objetos sirvieron, de manera evidente, para funciones rituales, funerarias y/o administrativas para los que fueron diseñados solo hasta que formaron parte, en alguna medida, del orden de las categorías o esquemas clasificatorios en los que se dividió y organizó un cierto aspecto del mundo material. A partir de estas y otras formas tempranas y tardías de cerámica formativa más estandarizadas se puede deducir que, para la vida social y ritualmente cargada del ámbito doméstico, se volvieron poco a poco más impersonales, efímeras y rutinarias durante el proceso del surgimiento de la complejidad. En otras palabras, es necesario entender qué fue lo que, en el pasado, se volvió más complejo, pero también lo que se convirtió en algo más simplificado y habitual.

Más aún, es difícil esclarecer la manera de conjugar una interpretación integral de las transformaciones complejas emergentes de carácter social y económico a lo largo del continente sudamericano. En esta región, como en otras partes, el rango de estos cambios desafía las explicaciones en términos de una versión materialista estrecha —o una de tipo realista— de la complejidad y la simplicidad. Además de los modelos de productos alimenticios y patrones de consumo novedosos, las poblaciones antiguas desarrollaron otras normas de movimiento y residencia, la extracción de nuevos materiales del paisaje circundante, la producción de diferentes repertorios de objetos e imágenes cotidianos —junto con significados y usos asociados— y prácticas rituales que giraban en torno de la muerte. El carácter «integral» de estos tipos de transformaciones sociales conduce al tema más amplio que Claude Lévi-Strauss (1966) observó para el espectro difuso de progresos que ocurrieron durante la «paradoja neolítica» del Viejo Mundo. Él sostenía que son las instituciones alimentadas por la cultura y hábitos de pensamiento actuales las que han asignado un estatus causal especial al cambio tecnológico, y lo «desconectaron» y separaron de otros ámbitos de la experiencia, si bien mantenía una continuidad mientras desarrollaba innovaciones. De acuerdo con Lévi-Strauss, el conocimiento empírico novedoso puede ser generado o asimilado por medio de un amplio rango de nuevas actividades sociales que los arqueólogos pueden sentirse tentados a clasificar como innovadoras, pero incluso dichas actividades, si bien no originales en un sentido estricto, pudieron servir para generar movimientos y cambios en el mundo material y sus características.

Un ejemplo de continuidad —o de simplicidad y tradición— y complejidad es el debate planteado por Neves (*cf.* este número) acerca de la presencia de cerámica temprana en la cuenca amazónica. Si bien hay varios hiatos culturales —debido, principalmente, a los sesgos en la muestra realizada durante la investigación— existen algunas evidencias de ocupación humana continua y aglomeración de poblaciones en unas pocas áreas de la cuenca, un proceso que comenzó hacia 4500 a.C. (véase, también, el caso de San Jacinto en Colombia, estudiado por Oyuela-Caycedo, número anterior). Alrededor de 1 d.C. hay un marcado crecimiento poblacional, concentración de grupos y cambios en el paisaje, los que se definen por la presencia de grandes sitios con profundos depósitos estratificados de cerámica asociados con tierras oscuras antrópicas, campos de cultivo y caminos elevados, extensas aldeas rodeadas por zanjas, redes de intercambio a larga distancia y la construcción de estructuras megalíticas circulares. Por su parte, Prümers (este número) describe un asentamiento complejo con la presencia de una estructura funeraria para un individuo destacado en los Llanos de Mojos, en Bolivia. Si bien hay pocas transformaciones distinguibles en el diseño y forma de los tipos cerámicos, esto también revela mucha continuidad y son mucho menos complejas e innovadoras que las escalas y diseños mostrados en el trazado de las aldeas y la construcción de otras obras públicas. De esta manera, existe una presencia de simplicidad en la forma del cambio en la cerámica tradicional, pero, al mismo tiempo, se revela una complejidad en la forma de las innovaciones tecnológicas y espaciales.

En lo que se refiere, de manera específica, al surgimiento del orden y complejidad social —que, a menudo, se le asocia, firmemente, con el sedentarismo— algunos estudiosos han sugerido que el punto de partida lo constituyen la intensificación de las relaciones y alianzas, así como las obligaciones sociales (*v.g.*, Bender 1998), la producción para la generación de excedentes y su uso en actividades ceremoniales (Lourandos 1985), los festines (Dietler 2001; Hayden 2001) y/o la construcción de estructuras monumentales (Scarre 2002; Milner 2004; *cf.* Trigger 1990). Otros han planteado que el incremento de la complejidad resultó de la competencia entre elites que pretendían destacar o sobresalir (Crumley 1995; Hayden 2001), los requerimientos en el manejo de información en el ámbito social (Price 1995), el control

sobre la mano de obra de individuos con los que no se tenía parentesco (Hayden 1995; Arnold 1996), la competencia política (Fitzhugh 2003; *cf.* Rowley-Conwy 2001), la presión demográfica y el estrés ambiental (Cohen 1977; Kelly 1995), así como la dependencia de alimentos vegetales (Pearsall 1992, 2003). También se ha sugerido que los grupos que necesitaban de la pesca o aquellos con un fuerte énfasis en los recursos marinos eran más proclives a ser sedentarios y a exhibir más indicadores de complejidad (Kelly 1995; Arnold 1996, Arnold [ed.] 1996; *cf.* Moseley 1992). Argumentos similares se pueden hacer para los pastores sedentarios, como lo muestran Yacobaccio y Núñez en el número anterior.

Más aún, en arqueología, el sedentarismo se asocia, a menudo, con los cazadores generalizados, horticultores complejos y/o agricultores incipientes (Lee 1981; Kelly 1995; Price 1995; Arnold [ed.] 1996; Boehm 1999; Bentley y Maschner 2003; Lansing 2003). De hecho, el calificativo de «cazador generalizado complejo» se ha basado, en gran medida, en indicadores de sedentarismo: grandes densidades de población, explotación intensiva de los recursos locales —lo que incluye el uso de cultígenos en algunos casos— y sistemas sociales relativamente formalizados. Más aún, la investigación etnográfica y arqueológica reciente revela que la conducta del cazador generalizado no es, simplemente, un producto de adaptaciones a ambientes naturales específicos, sino que se puede ver, también, como parte de estrategias sociopolíticas y de relaciones sociales intergrupales (McGuire 1983; Kelly 1995; Rowley-Conwy 2001; Kuijt y Goring-Morris 2002). Por ejemplo, el acto de compartir entre los grupos de cazadores generalizados y al interior de ellos no podía ser solo una conducta adaptativa para incrementar la aptitud de los grupos, sino también una estrategia intencional de individuos que tenían el papel de «donantes» para crear relaciones de «endeu-damiento», lo que, a la larga, podía producir desigualdad social (*v.g.*, Gosden 1989; *cf.* Saitta y McGuire 1998). En ese sentido, Gebel (este número) presenta el caso del sur de Jordania, probablemente una de las regiones más estudiadas en relación con esta problemática, y enfatiza la variabilidad y complementariedad, con aparentes avances y retrocesos, de las estrategias tanto en espacio como en tiempo, y que solo a la distancia se los podría juzgar como «revoluciones» o «evoluciones sostenidas».

La movilidad de los cazadores generalizados, que ha sido típicamente considerada como una estrategia adaptativa que compensaba la variabilidad espacial de recursos, también puede ser vista como una estrategia social que apuntaba a acceder a información regional y al mantenimiento de las redes sociopolíticas (Kelly 1995). Las construcciones de montículos por parte de estas poblaciones también son consideradas como proyectos de carácter igualitario o no igualitario que integraron a los grupos humanos, realizaron la identidad grupal y colectiva, y sirvieron para separar —ritual y espacialmente— a los grupos del mundo exterior (Scarre 2002; Milner 2004; Sassaman 2008). Otro importante aspecto relacionado y asociado es la presencia de instalaciones para observar fenómenos astronómicos, probablemente con el fin de ordenar el tiempo (*cf.* Ghezzi y Ruggles, número anterior, y Benfer *et al.*, este número). Algunos estudiosos han postulado que existe una congruencia entre los monumentos tempranos y los grupos de cazadores generalizados complejos que practicaron la agricultura (*v.g.*, Sherratt 1990). Esto es, la arquitectura de gran escala fue esencial para la creación del sentido de comunidad entre los cazadores generalizados que comenzaban a incorporar las cosechas y cultivos, y para llenar la necesidad de *foci* centrales permanentes, como los monumentos y lugares públicos, con el fin de integrar a las agrupaciones residenciales dispersas. Los estudios también indican que algunas sociedades de este tipo reprodujeron y transformaron activamente sus propias historias por medio de actos diarios y conmemorativos en los monumentos (Thomas 1991; Rowley-Conwy 2001). Dichos monumentos pueden haber servido a sus comunidades por muchas generaciones como los lugares de enterramiento de sus ancestros fundadores, osarios comunales y centros continuos para el ritual público más allá de los ámbitos doméstico y comunitario. En resumen, estas nociones recientes identifican conductas de cazadores generalizados complejos, de los que ya tenían una o de los que estaban a punto de vivir de manera sedentaria, y no como, simplemente, respuestas frente al ambiente natural. De este modo, constituyen elecciones estratégicas de entre una variedad de opciones posibles en las que las relaciones intrasociales eran variables de carácter crucial.

Un ejemplo de estos últimos aspectos está representado en el trabajo de Janusek (este número), quien trata acerca de la complejidad y monumentalidad tempranas en la cuenca sur del lago Titicaca de los Andes bolivianos por medio de un análisis de las formaciones de tipo multicomunidad que surgieron durante el Periodo Formativo Tardío (100 a.C.-500 d.C.). Él asume al sitio de Khonkho Wankane y otros como centros con una población residente reducida a los que llegaba gente en gran cantidad para la realización

de ceremonias, festines u otras prácticas rituales (*disembedded centers*). Estos sitios fueron fundamentales para las transformaciones sociales que resultaron en sistemas políticos centralizados que estaban involucrados en actividades de carácter ritual y de otra especie, como la construcción de montículos. De acuerdo con Janusek, los líderes no eran *aggrandizers* que buscaban autopromoverse, sino mediadores sociales e ideológicos. Esta sociedad no tuvo un carácter estatal y tampoco una economía basada en la agricultura. El caso altiplánico demuestra que los grupos no agrícolas podían desarrollar complejidad social y orden en los edificios monumentales en ámbitos inesperados, que los monumentos estaban involucrados —y, a la vez, no lo estaban— con diferentes aspectos de la sociedad —un tema al que se regresará más adelante—, y que la complejidad puede ser más variable que lo que la mayoría de modelos arqueológicos propone.

Anderson presenta un caso similar para ilustrar la complejidad temprana de los cazadores generalizados en el Sureste de los Estados Unidos, así como el incremento de la desigualdad social entre los individuos y los grupos, de la arquitectura monumental, del ceremonialismo elaborado y de la guerra. Si bien sociedades de carácter estatal del tipo que se presentaron en la parte occidental de Sudamérica y en Mesoamérica nunca se desarrollaron en esta región, las sociedades complejas caracterizadas por presentar cementerios formales, complejos de montículos construidos con tierra apisonada y un elaborado ceremonialismo ya existían en el área desde 7000 y 4000 a.p. De esta manera, las sociedades complejas persistieron por miles de años en el Sureste, y la caza y la recolección fueron grandes medios de subsistencia en gran parte de este intervalo. La producción de alimentos agrícolas solo se volvió importante hacia los dos milenios finales antes del contacto con los europeos, mucho después de que las sociedades complejas se hubieran establecido ampliamente. Lo más importante aquí es que hubo un cierto grado de permanencia y sedentarismo respecto del componente ceremonial y público, pero no necesariamente del ámbito doméstico, lo que, de nuevo, demuestra la variabilidad de contextos en las economías que no se basaban en la agricultura y que, a pesar de ello, presentaban una monumentalidad y, para los propósitos del argumento del autor, la posible desvinculación del dominio público respecto del espacio doméstico. Por su parte, Varien y Kohler estudian el surgimiento de complejidad en el Suroeste de los Estados Unidos, mayormente en la región de Mesa Verde, Colorado. El conjunto de sitios que abarca esta área es analizado con el objeto de entender la introducción de una producción de cultivos domésticos, «las causas y consecuencias del crecimiento poblacional», los efectos del cambio ambiental, la intensificación de la guerra, el grado de sedentarismo y la frecuencia del movimiento de poblaciones, la formación de aldeas y el surgimiento de la organización social y política compleja.

Clark (este número) también reúne mucho material del área de Mesoamérica para sugerir el surgimiento de jefaturas en Chiapas hacia 1650 a.C. y su difusión rápida durante el Periodo Formativo Temprano al enfatizar el papel de los contactos de larga distancia con la circulación de bienes, técnicas e información entre los que destaca a las instituciones de integración social dentro de procesos rápidos hasta llegar al Estado en 1300 a.C. (San Lorenzo). Son los líderes carismáticos y chamanes los que se encargan de las instituciones igualitarias y sus transformaciones. De este modo, este autor relaciona la complejidad social con la creación de individuos y seres nuevos como una nueva teoría de conexiones intergeneracionales.

Otro ejemplo de complejidad monumental y agricultura incipiente es el sitio de Göbekli Tepe, ubicado en el sur de Turquía. Este complejo representa una nueva comprensión del sedentarismo temprano y el comienzo de la agricultura en el norte de Mesopotamia. Si bien no se han encontrado evidencias de residencia en el lugar, se han inferido numerosas fases de construcción monumentales relacionadas con prácticas religiosas. Las antiguas estructuras se fechan hacia el décimo milenio a.C. y están asociadas con un modo de vida de cazadores-recolectores. Gebel (este número) presenta otros casos, como la famosa arquitectura monumental del Jericó del PPNA —antes confundida con evidencias de una ciudad prístina—, mejor entendida como la canalización del trabajo comunal gracias a excedentes productivos; los asentamientos grandes, como 'Ain Ghazal, tampoco reflejan una complejidad social mayor, sino que son, probablemente, agregados de aldeas debido a conveniencias económicas y sociales. Hodder (2006) refuta, de igual forma, la presencia de formaciones políticas complejas en el famoso sitio de Çatal Hüyük. De manera similar, en China, Liu reporta que la cerámica y los espacios públicos aparecen ya hacia 19.000 A.P., en contextos del Paleolítico Tardío. Hacia 11.000 A.P. se desarrolló por primera vez un modo de vida semisedentario y estuvo asociado con poblaciones de cazadores-recolectores. El cerdo, el perro, el

arroz y el mijo fueron domesticados alrededor de 9000 a 8000 A.P. por parte de grupos humanos que aún dependían, de manera principal, de plantas y animales silvestres. Las aldeas agrícolas sedentarias neolíticas completamente desarrolladas no se establecieron si no hasta *c.* 7000 A.P. La economía agrícola fue el fundamento para el surgimiento posterior de las sociedades jerárquicas organizadas, con la presencia de grupos de elite que controlaban el poder político y ritual. En el transcurso de los periodos Neolítico Medio y Tardío (7000-4000 A.P.) se desarrollaron y decayeron numerosas sociedades complejas en gran parte del paisaje de China antes de la formación de los Estados tempranos en el segundo milenio a.C. Ambos casos, en opinión de los autores del presente artículo final, también revelan una desconexión entre los ámbitos público y privado, y las relaciones dependientes y codependientes que mantenían en el entramado de los parámetros sociales, económicos y demográficos de estas sociedades tempranas.

Estos y otros muchos casos de estudio presentados en ambas obras sugieren que, a menos que fueran dependientes de una fuente permanente de recursos marítimos o acuáticos, la mayor parte de comunidades complejas emergentes alrededor del globo necesitaban de una economía basada en la caza generalizada o de carácter mixto —en parte pastoril y en parte agrícola—. En un momento posterior, la mayoría de las sociedades dependieron, en algún grado, de la producción de alimentos, lo que implicaba prácticas agrícolas y/o pastoriles, y residían de manera permanente en un espacio determinado. Dada la falta de recursos para obligar a residir en un lugar a una población concentrada y las potenciales desventajas de una vida más compleja y sedentaria —por ejemplo, una exposición incrementada a las enfermedades, potenciales conflictos sociales, entre otros—, la clave para el éxito del sedentarismo y complejidad debe haber estado en sus aspectos e identidades sociales, y la manera en que estaban configuradas por individuos o grupos diferentes que, a menudo, competían entre sí. De esta manera, el sedentarismo y la complejidad social trajeron consigo cambios sustanciales al fenómeno de las poblaciones concentradas. Además del tamaño acrecentado del sitio, los asentamientos permanentes también tuvieron configuraciones físicas novedosas, como la aproximación, entre sí, de los espacios públicos y privados, o los identificadores arquitectónicos de diferenciación social incipiente.

La formulación cognitiva del orden y complejidad emergentes en las comunidades sedentarias también es importante. Estos aspectos proporcionaron ocasiones para contactos que debieron haber permitido comprometerse en una conducta social más compleja a los individuos y unidades domésticas (Thomas 1991; Bender 1998). Por ejemplo, la velocidad del transporte y comunicación entre los grupos permanentemente establecidos debe haber transformado los roles sociales al interior de los sitios. Su importancia radica en su papel potencial como lugares de autoridad incipiente que eran capaces de generar o difundir discursos y creencias colectivas, desarrollar, evaluar o rastrear innovaciones que ofrecían escenarios de carácter social para la reunión de información —por ejemplo, ambiental, social, económica y cultural—, establecer redes y monitorear tratos implícitos. Estos lugares debieron haber integrado la trama del espacio social de los asentamientos, con el resultado de que las relaciones sociales fueron construidas sobre el espectro económico de los habitantes del sitio y del interior, una serie de vínculos entretejidos con posibles distinciones sociales, lo que es sugerido en diversos estudios, como los de Dillehay, Shady, Rick, Vega-Centeno, Reindel e Isla, Scattolin, Makowski, Núñez y Fuchs *et al.* (número anterior), así como Janusek, y Varien y Kohler (este número). Una fuerza cohesiva de estas relaciones fue, quizá, el medio por el que la información y las decisiones acerca de los objetivos compartidos de largo plazo fueron administradas —y, quizá, representadas espacial e iconográficamente— en sitios como Caral, Khonkho Wankane, Göbekli Tepe, Chavín de Huántar, Sechín Bajo y Tulán 54. El manejo de información entre individuos y grupos también se debió haber alcanzado por medio de una toma de decisiones consensuales para reducir el conflicto social. El beneficio de un mayor flujo de información trabajaba en la mutua ventaja de distintos grupos al interior de las comunidades. Para alcanzar un modo de decisión consensual más ventajoso se tuvo que haber requerido, también, de una inversión significativa de tiempo y una creencia compartida de que aquellos involucrados en el sistema —tanto como individuos o por medio de unidades domésticas y asociaciones de parentesco— podían, a la larga, obtener una mejor posición que si no hubieran participado. Un caso algo excepcional parece ser el del Egipto antiguo. Seidlmayer (este número) demuestra la presencia de elites claramente establecidas desde el temprano cuarto milenio a.C., con centralización, producción especializada e intercambio a larga distancia, así como una iconografía de poder que antecede, en mucho, la de los faraones históricos.

En los tipos de comunidades sedentarias complejas de los casos de estudio de Sudamérica como de otras áreas representados aquí, la inversión a largo plazo en consenso debe haberse manifestado en todos los niveles del ámbito físico: los monumentos tempranos construidos por los grupos humanos, la reunión y disposición conjunta que se logró en las áreas de actividad y al interior de la esfera doméstica en la arquitectura de las viviendas, los lugares públicos y los complejos funerarios. El ámbito físico no solo incluía lo que estaba fijo en el terreno, sino también lo que se podía transportar: adornos, vestimenta, utensilios y otros objetos confeccionados e intercambiados. Se puede postular que, por medio de la arquitectura, o las preferencias en los alimentos y la producción de artefactos, se pueden documentar cambios sociales en los asentamientos y la conversión de grupos sociales en una configuración sedentaria compleja. Estas transformaciones, que apuntan al desarrollo de identidades sociales y culturales nuevas que se basaban en las tradicionales y que se expresaban en términos materiales y espaciales, sugieren, más aún, otras formas de cambios ideológicos y sociológicos que no se pueden documentar arqueológicamente, pero de los que se sabe que se dieron en la transición al sedentarismo. Algunas de estas nociones están expuestas en los trabajos de Dillehay, Chu, Scattolin, Vega-Centeno, Shady, Makowski y Rick (número anterior), así como en los de Janusek, y Varien y Kohler (este número).

Un patrón expresado, de manera implícita, a lo largo de todos los casos de estudio es la separación — desconexión o desvinculación—, espacial y funcionalmente, de conjuntos de actividades «codependientes» que incluían el uso regular de entornos al interior o fuera de los asentamientos ocupados por los grupos humanos. Estos eran series de actividades que ocurrieron en redes de espacios que se pueden considerar aquí como sistemas y escenarios que se complementaban. En otras palabras, diferentes tipos de actividades podían darse en distintos lugares y podían haber sido organizadas por grupos diversos, de manera que los «sistemas de actividades» se daban en «sistemas de escenarios» y, a la vez, podían incluir horticultores, cazadores-recolectores y pescadores. Esta es, también, la visión que se tiene de diferentes tipos de sitios, por lo que los complejos funerarios pueden presentarse en forma de un cementerio permanente o una locación funeraria espacialmente separada de un sitio habitacional o un centro ceremonial. Lo mismo puede ser cierto para los centros o lugares ceremoniales permanentes, tales como Göbekli Tepe, Chavín de Huántar, Caral, Tulán 54, numerosos sitios tempranos del valle de Chancay, en la costa central del Perú, y muchos otros, los que, al parecer, funcionaron como asentamientos residenciales independientes respecto de los espacios domésticos, si bien estos últimos pueden también haber incorporado componentes funerarios, ceremoniales u otros tipos de elementos. Así, las actividades organizadas en algunos de ellos afectaban lo que ocurría en los otros y tienden a caracterizar muchas de las sociedades tempranas tratadas en ambas entregas.

Por último, se harán algunos comentarios finales. En primer lugar, en ninguna de las contribuciones se ha abordado, de manera directa, los orígenes y desarrollo de las ideologías de orden y poder, y la importancia fundamental de la capacidad de organizar grandes poblaciones para convertirlas en sociedades civiles que fueran productivas como unidades sociales. De hecho, nuevas cosmologías e instituciones deben haberse empleado para alcanzar estos objetivos. Las elites emergentes deben haber tenido un papel crucial en la articulación de estos aspectos al interior de la sociedad, aun si no se hubiera tratado de individuos que buscaran sobresalir para enaltecerse y sobresalir sobre los demás (*self-aggrandizers*), tal como Janusek postula para el Periodo Formativo de Bolivia.

Orden y desorden son, aquí, temas de interés específico. Casi todos los artículos de estos dos números se enfocan, de algún modo, en las creencias y prácticas rituales que se dieron en edificios monumentales y emplazamientos especiales. Dichas prácticas constituían mecanismos para proporcionar cooperación y orden en la sociedad, brindaban confianza en la existencia de soluciones para reducir el estrés e inquietud, y para revelar la estructura ordenada inherente (o atribuida) del mundo. De diversas maneras, las creencias y prácticas rituales explicaban los eventos trágicos e impredecibles dándoles un significado que no era necesariamente una causa, pero sí la seguridad de un significado. La mayoría de las sociedades, por razones políticas y sociales, tienen una necesidad más grande que otras de realizar rituales propiciatorios en monumentos y lugares públicos especiales, pero la cooperación pública en estas locaciones probablemente no procedía de manera natural. Esto, quizás, impuso una gran demanda en el aparato ritual en las que estas sociedades reconocían y celebraban su unidad y orden. De manera implícita, las ceremonias de ese carácter tenían que invocar a la unidad cultural como una manera de evitar el conflicto intergrupalo, definir

límites y expresar reivindicaciones de identidad de forma simbólica. Dispuestos en este contexto, los líderes podían surgir y dedicarse a actividades diseñadas para magnificar el poder y la identidad, particularmente por medio del patrocinio y organización de ceremonias públicas, y de la mano de obra para la construcción de monumentos. En la organización de esas actividades públicas, un líder también le añadía un valor a ese trabajo por medio de su organización con el fin de obtener un beneficio comunitario que no se podía alcanzar de otra manera.

En segundo lugar, si bien pocos artículos presentados han adoptado el enfoque de la comparación cruzada en sus análisis, parece percibirse un cierto traslape y acuerdo entre los autores en relación con las variables clave que conducen y explican conceptualmente el orden, la identidad y el poder emergentes. Esto no quiere decir que se debe buscar una base conceptual global para explicar todos los casos de estudio que ocurren debido, simplemente, a que las formulaciones generales pueden ser criticadas como «fundamentalistas» o «totalizadoras», es decir, que por medio de la imposición de una uniformidad reducen todos los casos a los términos de un modelo e ignoran toda la variabilidad regional que cae fuera de este. En ese sentido, los estudios presentados aquí tienen diferentes enfoques para explicar los datos recogidos y poseen toda la potestad para considerar los contextos y las variables importantes en cada uno de ellos.

En tercer término, si bien los autores no lo han aludido directamente, parece que existe un esfuerzo implícito por emplear los monumentos, la arquitectura y el espacio como los medios primarios para validar las distinciones sociales entre las elites y las no elites, para comunicar orden e ideas y para promulgar o crear conceptos de orden. Esto está bien demostrado en los estudios realizados por Vega-Centeno, Shady y Dillehay (*cf.* número anterior), así como Anderson y Janusek (*cf.* este número). Pero existe un tema que parece ser aún más claro en la mayoría de las contribuciones: el del aspecto del orden que ordena, es decir, los procesos simultáneos de exclusión e inclusión. Si bien los nuevos espacios, monumentos e, inclusive, los objetos de valor se vuelven asequibles para las elites emergentes, en primer lugar, y luego son transmitidos a los individuos que no las conforman, nuevas formas de objetos y espacios sagrados se crean para mantener las diferencias sociales. Esto es lo que se puede ver en el artículo de Rick, el caso mapuche presentado por Dillehay e, incluso, en partes del trabajo de Núñez (número anterior). De esta manera, la distinción social estaba marcada, principalmente, por la posesión de ciertos objetos o iconos sagrados, luego por el acceso a espacios restringidos y representaciones en el arte monumental y, por último, por un amplio conjunto de marcadores de elite como las vasijas de cerámica especiales con representaciones singulares o los contextos funerarios en áreas o sitios seleccionados. Si bien cada una de estas innovaciones creó nuevos tipos de diferencias entre las elites y otros miembros de la sociedad, el constante flujo de innovaciones materiales, espaciales e iconográficas permitió a los individuos compartir algunos marcadores de elite con los grupos de bajo rango sin ver amenazado su propio estatus o rango superior en el orden social.

Existe un cuarto aspecto importante que se debe tratar. El poder emergente en los sitios neolíticos y formativos tratados evidentemente dependía de la creación y mantenimiento de coaliciones de diferentes facciones sociales y económicas que radicaban en sitios distintos, pero, al mismo tiempo, estaban conexos. Parece ser que el momento más efectivo para unir a estas facciones lo constituyeron las reuniones ceremoniales, que proporcionaron un escenario indispensable en este proceso. Los conceptos de orden pudieron ser materializados en estas locaciones especiales, que habrían permitido a los líderes emergentes captar aliados en proyectos conjuntos, sustentados por imágenes e ideas formadas acerca de lo que constituían las buenas relaciones intergrupales. Sin embargo, no se sabe cuál fue la medida en que cualquiera de estos conceptos de orden favoreció las dimensiones cosmológicas, políticas y/o económicas de una sociedad sobre otras. Estos escenarios y reuniones pudieron haber sido utilizados para orientar y motivar segmentos sociales clave. Por medio del estudio de estas relaciones y sus significados en sus lugares de origen se podrá ayudar a esclarecer sus desarrollos y transformaciones en el transcurso del tiempo. Por último, gran parte de estas conclusiones han tenido un tono reaccionario, lo que fue motivado por la ausencia de ciertos aspectos en muchas de estas contribuciones. Como resultado, tienen limitaciones para conformar una buena sinopsis de todas ellas; sin embargo, los temas tratados tienen ciertas implicancias para los tipos de investigaciones que se deben realizar en el futuro.

En todo caso, para terminar este trabajo con un tono un poco más positivo, se puede constatar que el problema del surgimiento de la complejidad social es un asunto que obliga al trazado de perspectivas globalizantes y de gran profundidad temporal, y al abandono de la ficción de contados centros civilizadores

surgidos —en forma casi milagrosa— en un extenso mar de sociedades casi amorfas sin historia, como elementos casi constitutivos de la «naturaleza» y, por lo tanto, sin participación activa en los cambios fundamentales que ha experimentado la humanidad. Si se acepta la inmanente capacidad de los cambios sociales, económicos, políticos e ideológicos entre los cazadores-recolectores —de la que se presentaron numerosos ejemplos en estos dos números— el surgimiento de complejidad no es un milagro casi casual como prolegómeno a los centros de la «alta civilización» en escasos ejemplos del globo, sino parte de la compleja historia de innumerables conexiones entre los individuos, los grupos y sus respectivos mundos. En este sentido, se ha demostrado que tanto América del Norte como Mesoamérica y América del Sur ofrecen mucho para la discusión global del tema que se propuso aquí, al punto que los especialistas que se concentran en el Viejo Mundo deberían incluir más de estos aportes en sus estudios. Por otro lado, esto debería llevar a un diálogo internacional más fructífero en el que este balance de dialéctica entre simplicidad y complejidad no se incline demasiado en favor de la primera.

REFERENCIAS

Ames, K. M.

1981 The Evolution of Social Ranking on the Northwest Coast of North America, *American Antiquity* 46 (4), 789-805, Salt Lake City.

Arnold, J. E.

1996 The Archaeology of Complex Hunter-Gatherers, *Journal of Archaeological Method and Theory* 3 (2), 77-126, New York.

Arnold, J. E. (ed.)

1996 *Emergent Complexity: The Evolution of Intermediate Societies*, Archaeological Series 9, International Monographs in Prehistory, Ann Arbor.

Bender, B.

1998 Gatherer-Hunter to Farmer: A Social Perspective, *World Archaeology* 10 (2), 204-222, London.

Bentley, R. A. y H. D. G. Maschner (eds.)

2003 *Complex Systems and Archaeology: Empirical and Theoretical Applications*, Foundations of Archaeological Inquiry, University of Utah Press, Salt Lake City.

Boehm, C.

1999 *Hierarchy in the Forest: The Evolution of Egalitarian Behavior*, Harvard University Press, Cambridge.

Bradley, R.

2000 *An Archaeology of Natural Places*, Routledge, London/New York.

Breunig, P., G. Franke y M. Nüsse

2008 Early Sculptural Traditions in West Africa: New Evidence from the Chad Basin of North-Eastern Nigeria, *Antiquity* 82 (316), 423-437, York.

Bueno, A. y T. Grieder

1980 La Galgada: nueva clave para la arqueología andina, *Espacio* 2 (9), 48-55, Lima.

Chesi, G. y G. Meerzeder (eds.)

2006 *The Nok Culture: Art in Nigeria 2500 Years Ago*, Prestel, München/Berlin/London/New York.

Cohen, M. N.

1977 *The Food Crisis in Prehistory: Overpopulation and the Origins of Agriculture*, Yale University Press, New Haven.

Crumley, C. L.

1995 Heterarchy and the Analysis of Complex Societies, en: R. M. Ehrenreich, C. L. Crumley y J. E. Levy (eds.), *Heterarchy and the Analysis of Complex Societies*, 1-5, Archaeological Papers of the American Anthropological Association 6, Arlington.

Dietler, M.

- 2001 Theorizing the Feast: Rituals of Consumption, Commensal Politics, and Power in African Contexts, en: M. Dietler y B. Hayden (eds.), *Feasts: Archaeological and Ethnographic Perspectives on Food, Politics, and Power*, 65-114, Smithsonian Institution Press, Washington, D.C.

Dillehay, T. D.

- 2007 *Monuments, Empires, and Resistance: The Araucanian Polity and Ritual Narratives*, Cambridge Studies in Archaeology, Cambridge University Press, Cambridge.

Elera, C.

- 1993 El complejo cultural Cupisnique: antecedentes y desarrollo de su ideología religiosa, en: L. Millones y Y. Onuki (eds.), *El mundo ceremonial andino*, *Senri Ethnological Studies* 37, 229-257, Osaka.

Fitzhugh, B.

- 2003 *The Evolution of Complex Hunter-Gatherers: Archaeological Evidence from the North Pacific*, Interdisciplinary Contributions to Archaeology, Kluwer Academic/Plenum Publishers, New York.

Fung, R.

- 1988 The Late Preceramic and Initial Period, en: R. W. Keatinge (ed.), *Peruvian Prehistory: An Overview of Pre-Inca and Inca Society*, 67-96, Cambridge University Press, Cambridge.

Gosden, C.

- 1989 Prehistoric Social Landscapes of the Arawe Islands, West New Britain Province, Papua New Guinea, *Archaeology in Oceania* 24, 45-58, Sidney.

Hayden, B.

- 1995 Pathways to Power: Principles for Creating Socioeconomic Inequalities, en: T. D. Price y G. M. Feinman (eds.), *Foundations of Social Inequality*, 15-86, Plenum Press, New York.

- 2001 Richman, Poorman, Beggarman, Chief: The Dynamics of Social Inequality, en: G. M. Feinman y T. D. Price (eds.), *Archaeology at the Millennium: A Sourcebook*, 231-272, Kluwer Academic/Plenum Publishers, New York.

Hodder, I.

- 2006 *The Leopard's Tale: Revealing the Mysteries of Çatal Hüyük*, Thames and Hudson, London.

Kaulicke, P.

- 1997 La noción y la organización del espacio en el Formativo peruano, en: H. Córdoba (ed.), *Espacio: teoría y praxis*, 113-127, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Kelly, R. L.

- 1995 *The Foraging Spectrum: Diversity in Hunter-Gatherer Lifeways*, Smithsonian Institution Press, Washington, D.C.

Kuijt, I. y N. Goring-Morris

- 2002 Foraging, Farming and Social Complexity in the Pre-Pottery Neolithic of the Southern Levant: A Review and Synthesis, *Journal of World Prehistory* 16 (4), 361-440, New York.

Lansing, J. S.

- 2003 Complex Adaptive Systems, *Annual Review of Anthropology* 32 (1), 183-204, Palo Alto.

Lee, R. B.

- 1981 Is there a Foraging Mode of Production?, *Canadian Journal of Anthropology* 2 (1), 13-19.

Lévi-Strauss, C.

- 1966 *The Savage Mind* [traducción de J. Weightman y D. Weightman], Weidenfeld and Nicolson, London.

Lourandos, H.

- 1985 Intensification and Australian Prehistory, en: T. Douglas Price y J. A. Brown (eds.), *Prehistoric Hunter-Gatherers: The Emergence of Cultural Complexity*, 385-426, Academic Press, New York.

Maldonado, E.

- 1992 Arquitectura de Cerro Sechín, en: S. Lerner, M. Cárdenas y P. Kaulicke (eds.), *Arqueología de Cerro Sechín, tomo I, Arquitectura*, 65-114, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

McGuire, R. H.

1983 Breaking Down Cultural Complexity: Inequality and Heterogeneity, en: M. B. Schiffer (ed.), *Advances in Archaeological Method and Theory*, vol. 6, 91-142, Academic Press, New York.

Milner, G. R.

2004 *The Moundbuilders: Ancient Peoples of Eastern North America*, Thames and Hudson, London.

Moseley, M. E.

1992 Maritime Foundations and Multilinear Evolution: Retrospect and Prospect, *Andean Past* 3, 5-42, Ithaca.

Pearsall, D. M.

1992 The Origins of Plant Cultivation in South America, en: C. W. Cowan y P. J. Watson (eds.), *The Origins of Agriculture: An International Perspective*, 173-206, Smithsonian Institution Press, Washington, D.C.

2003 Plant Food Resources of the Ecuadorian Formative. An Overview and Comparison to the Central Andes, en: J. S. Raymond y R. L. Burger (eds.), *Archaeology of Formative Ecuador: A Symposium at Dumbarton Oaks, 7th and 8th October 1995*, 213-257, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.

Price, T. D.

1995 Social Inequality at the Origins of Agriculture, en: T. Douglas Price y G. M. Feinman (eds.), *Foundations of Social Inequality*, 129-151, Fundamental Issues in Archaeology, Springer, New York.

Renfrew, A. C. y I. Morley (eds.)

2007 *Image and Imagination: A Global Prehistory of Figurative Representation*, McDonald Institute Monographs, McDonald Institute for Archaeological Research, University of Cambridge, Cambridge.

Rowley-Conwy, P.

2001 Time, Change and the Archaeology of Hunter-Gatherers: How Original is the «Original Affluent Society»? , en: C. Panter-Brick, R. H. Layton y P. Rowley-Conwy (eds.), *Hunter-Gatherers: An Interdisciplinary Perspective*, 39-72, Biosocial Society Symposium Series 13, Cambridge University Press, Cambridge.

Rupp, N.

2009 *Beyond Art. Archaeological Studies on the Nok Culture, Central Nigeria*, African Archaeology and Archaeobotany, Institute for Archaeological Sciences, Johann Wolfgang Goethe-Universität, Frankfurt am Main.

Saitta, D. J. y R. H. McGuire

1998 Dialectics, Heterarchy, and Western Pueblo Social Organization, *American Antiquity* 63 (2), 334-336, Washington, D.C.

Sassaman, K. E.

2008 The New Archaic: It Ain't What it Used to Be, *The SAA Archaeological Record* 8 (5), 6-8, Washington, D.C.

Scarre, C.

2002 A Place of Special Meaning: Interpreting Prehistoric Monuments through Landscape, en: B. David y M. Wilson (eds.), *Inscribed Landscapes: Marking and Making Place*, 154-175, University of Hawaii Press, Honolulu.

Sherratt, A.

1990 The Genesis of Megaliths: Monumentality, Ethnicity and Social Complexity in Neolithic North-West Europe, *World Archaeology* 22 (2), 147-67, London.

Thomas, J. S.

1991 *Rethinking the Neolithic*, Cambridge University Press, Cambridge.

Trigger, B. G.

1990 Monumental Architecture: A Thermodynamic Explanation of Symbolic Behaviour, *World Archaeology* 22 (2), 119-132, London.

Yoffee, N.

2005 *Myths of the Archaic State: Evolution of the Earliest Cities, States, and Civilizations*, Cambridge University Press, Cambridge.